

EN EL CORAZÓN DE LA REFORMA “Recuerdos espirituales” del Beato Pedro Fabro, S.J.

Antonio Alburquerque. Ed Mensajero-Sal térrea

INTRODUCCIÓN

Los protestantes dicen que no quieren otro que la reformación de la Iglesia, y lo dicen de manera con los vulgares y estúpidos, por nuestros pecados, que son creídos *etiam* que les vean derrocar imágenes y subvenir los altares todos (...) blasfeman de quien oye misas privadas o ruega santos (...) algunos de sus fundamentales artículos, digo de los luteranos, son sobre esto, que sola *fides justificet* y en esto han hecho tantas consecuencias, que finalmente son llegados, hasta determinar y ordenar que sus iglesias no tengan otro indicio en cuanto a lo espiritual sino las prédicas y la cena *Domini pro consolatione animarum, eo tamen modo*, que con el pan sea solo el cuerpo de Cristo, y con el vino la sola sangre, *et hoc etiam in solo usu, id est: si accipitur et dum accipitur, supposita fide, per quam solam dicunt remitti peccata* (...) Estas pocas cosas os he dicho (...) para que entendáis (...) que ya no haya piedra sobre piedra, y todo con una obstinadísima pertinacia, deseando (...) como ya he dicho, hacer alguna scisura inexpugnable en la santa Madre Iglesia, pero *las puertas del infierno no han de prevalecer contra ella* (Mt 16, 18) (p 46)

(Carta a los estudiantes de París)... porque el mundo es ya venido a tal estado del no creer, que **es menester argumentos de obras y sangre**, otramente la cosa va muy adelante creciendo en los errores. Ya palabras no bastan ni razones para concluir a los de acá y semejantes herejes. Por tanto bien podéis exhortar aquellos letrados de París a que procuren buscar el Espíritu vivífico de las letras por vía de vida muy señalada a Cristo, para poder persuadir la fe a los caídos (**FM 115**) (p 50)

RECUERDOS ESPIRITUALES

(26-VI-42) Un espíritu dividido en tantos y tan diversos pensamientos no puede hacerse presente ni atender tan perfectamente a lo que tiene que hacer, como lo haría si no tuviera el espíritu tan disperso.

Se me ocurrió pedir a la Santísima Trinidad que me concediese la gracia de que, cuando yo tuviera un buen deseo, o alguna buena acción o contemplación etc., colaboren de tal manera mis tres potencias que no se estorben una a otra. Por el contrario, si alguna de ellas se desviase, que no colaborasen las otras dos sino que tratasen de impedirlo. (p 136)

(2-VII-42) [44] Ese mismo día durante la misa, al considerar cómo Dios es compasivo y misericordioso, que tiene en cuenta el trabajo y el dolor, y que está presente en todas las cosas, le pedí que tuviera misericordia y compasión de esta nación alemana, porque ya padece todos los males que la amenazan, si no vuelve a la fe católica y a la Iglesia romana.

[45] En la octava de la Visitación me acordé de que ese mismo día, el año pasado, había hecho mi profesión solemne. Sentí gran devoción por mis votos y pedí a Dios Padre la gracia de la perseverancia y un continuo crecimiento en la con la cual se rehaga mi carne vencida y se fortifique contra sus fragilidades que se echan de ver por la concupiscencia carnal. Al Hijo encomendaba el cuidado de mi obediencia, ya que Él se hizo obediente hasta la muerte. Al

Espíritu Santo encomendaba mi voto de pobreza pidiéndole que nunca perdiese yo el afecto a esta virtud.

Suplicaba también que mis tres potencias creciesen en la inteligencia, memoria y afecto según los votos a los que he hecho referencia. Y que, para ello, el Padre infundiese su poder en cada una de ellas, y que tuviese cuidado especial de mi memoria; que igualmente el Hijo infundiese en ellas luz y sabiduría y cuidase de mi entendimiento; que el Espíritu Santo infundiese sus dones a cada una de ellas y tuviese especial cuidado de la voluntad. Suplicaba a la Santísima Trinidad, única en esencia, que se asentase en mi corazón en su unidad y que difundiese sus personales atributos por las tres potencias. (p 139)

(25-VII-42) [51] El día de santa Práxedes, al meditar en los misterios e la vida de Cristo, se me ocurrieron diversas maneras de pedir distintas gracias. Pedir a Dios, por los méritos e la Anunciación, Visitación, etc., que me concediera modo y manera de alabarlo, recordarlo, amarlo y desear servirle; querer verlo, oírlo, oler su perfume, gustarlo, querer pensar en Él, conocerlo y palparlo. Y todo esto por intercesión de Jesucristo y de acuerdo con los mandatos y normas de su santa Iglesia, en la doctrina católica, en los santos sacramentos, en las oraciones e invocaciones de los santos y en recuerdo de las obras piadosas de las almas que permanecen aún en el purgatorio.

Después de la misa me parecía que no tenía ya el gusto espiritual que había sentido antes y que deseaba vehementemente. Pero me vino, en cambio, otro buen deseo de que nuestro Señor Jesucristo tuviese a bien entrar en mí hasta lo más profundo y medular de mi espíritu, para reparar mis secretos defectos del entendimiento, memoria y voluntad y de los sentidos, dándome las virtudes y dones ocultos sobre los que nunca he pensado aunque los necesite más que aquellos que me faltan.

[52] Había tenido antes otro deseo: que el Señor se dignase dirigir en todo, según su voluntad, aquellas palabras que he sentido que en mí y en otros, han sido dictadas por un bueno y santo espíritu.

Porque suelo hablar, escribir o hacer muchas cosas sin discernir bien el espíritu que me las ha inspirado. Quiero decir que, a veces, hablo con espíritu tranquilo y alegre y con gracejo exterior de cosas que antes había sentido con un corazón compungido y con gemidos espirituales. Lo que contribuye a que no se aprovechen tanto lo oyentes porque uno no habla guiado por tan buen espíritu como el que le había inspirado anteriormente.

Pedía al Señor que me concediera la gracia de que en el nacimiento y continuación de lo que hablo y escribo, me animase el mismo espíritu que había concebido todo. Esto tendrá lugar cuando el mismo espíritu está en el afecto, en el pensamiento, en la palabra y en la obra. De aquí deducía yo que convenía imitar al doctor y maestro y el modo con que nos habla, de manera que, en cuanto sea posible, conviene imitar al Espíritu Santo. Cuando nos da a sentir y entender algo con lágrimas, esforzarnos por hablar con lágrimas de compunción y contrición, con deseo de edificar a los oyentes, de manera que el espíritu que nos mueve a nosotros nos ayude a enseñar y hacer sentir lo mismo en los demás.

De aquí me vino el entender y conocer de manera especial aquel texto: “Fue conducido por el Espíritu al desierto”; y aquel otro “vino en espíritu al templo”; donde se nota un sentido especial del espíritu que mueve a obrar o a hablar etc., no dejando a la persona en su humano y propio sentir. (p 143-144)

(25-VII-42) [53] El día de Santiago, al comenzar la misa y ver que estaba muy paralizado por mis defectos, al recitar el verso “*Por qué he de andar sombrío por la opresión el enemigo*” me sorprendí reflexionando y preguntándome: “¿De qué te aprovecha el estar triste por tu aflicción y las sugerencias del enemigo cuando él te infunde precisamente la tristeza porque

no sigues su voluntad?”. Tendrías razón para estar triste si pensases que es el Señor el que aflige porque no te acomodas a su voluntad.

[54] Ese mismo día me acordé de lo que ya en otras ocasiones había experimentado: que para prepararse a recibir el buen espíritu es necesario que el hombre dirija su primera intención a las cosas de Dios. Porque entonces aprovecha de veras cuando su mirada no va dirigida principalmente a buscar remedio para sus turbaciones, tentaciones y tristezas, como yo había hecho hasta entonces.

Quien busca a Dios y sus cosas sólo y principalmente para verse libre, cuanto antes, de sus tentaciones y tristezas y no pretende la consolación para su propio provecho, no se va a preocupar de la devoción sino cuando se ve afligido. Esto es buscar el amor por temor de las imperfecciones y de las propias miserias y desear el sentimiento bueno y espiritual para evitar el mal. Precisamente por esta razón y por su misericordia permite el Señor, por algún tiempo tales perturbaciones en los suyos. Porque habían perdido el afecto a sus dones. Para que no seamos ni perezosos ni tibios nos da tales estímulos, afectos y escrúpulos. Para que avancemos por el camino del Señor sin descanso, hasta que descansemos plenamente en el mismo Dios y Señor nuestro Jesucristo.

Así no hay que contentarse con no sentir turbaciones, o tentaciones, o sentimientos malos, vanidad o imperfecciones, como sucede a los tibios y perezosos que se preocupan exclusivamente de no caer. Descuidan el progreso en el camino del Señor, y les basta, para su vida espiritual, la seguridad de no caer aunque tengan por delante la posibilidad de progresar.

No te contentes, por tanto, con no bajar, o no perder, o no retroceder. Aspira con todo tu corazón a subir y crecer en el proceso interior, no por miedo a bajar, retroceder o caer sino por amor a la santidad. Y no sólo porque estos pensamientos te ayudan para verte libre de otros pensamientos malos. Desea y aspira a sentir las cosas espirituales, no porque sean un remedio contra las malas y vanas afecciones, sino por lo que tienen en sí. De esa manera podrás llegar al amor de Dios, sólo por el mismo Dios... (pp 144-145)

(6-VIII-42) [64] El día de la Transfiguración estaba yo triste por no encontrar devoción espiritual, y me consolé al ver que esta tristeza me duraba ya muchos días y que ningún otro deseo ni tristeza me había ayudado para echarla fuera de mi corazón, como me había sucedido otras muchas veces. Porque en otras ocasiones, cuando me asaltaba la pena y el deseo inmediato de encontrar a Dios, enseguida me dejaba llevar de otro deseo o tristeza, por ejemplo: del deseo de edificar al prójimo, o recibir buenas noticias, o señales de que los hombres se daban más al culto de Dios; o me venía tristeza por mis tentaciones, pecados o imperfecciones. Así sucedía que esta tristeza alejaba de mí otra mejor que me venía directamente del Señor. Claramente comprendí entonces que cuanto más continuaba con la tristeza y el deseo de hallar a Dios y más crecía a lo largo, a lo ancho y en profundidad, sin que fuera sustituido por otro inferior, mayor era la gracia que se me concedía.

[65] Pude ver también que se me concedía otra gracia muy valiosa. Y es que nunca me había encontrado con tanta anchura de corazón para aceptar las alegrías y sufrimientos que solía tener, según fuera próspero o adverso el provecho de las almas. Suponía que el aprovechamiento espiritual de los demás dependía de lo que yo hiciese. Y cuando veía que el fruto era abundante, sentía gran consolación, y en caso contrario se apoderaba de mí la tristeza. Veía ahora que ningún éxito, en esta materia, podía consolarme si nuestro Señor no me diese abundancia de devoción dirigida a Él o a los santos etc. Tampoco me puede entrar ninguna tristeza por el escaso resultado de mis trabajos.

[66] Bendito sea Dios que tantos medios tiene para llevarnos, poco a poco, a un perfecto conocimiento de Él, a quienes no podemos ir más de prisa. Pero por cuántos miedos, tristezas, odios, hay que pasar antes a causa de estas realidades inferiores. En ninguna de ellas encontramos la paz, aunque sí pueden ser un medio para subir al amor de Dios, y, entrados en

Él, gozar. Porque entrando el hombre en Dios, entra y sale y encuentra buenos pastos dentro y fuera. Cuando uno ha encontrado este nuevo camino que comienza en el amor de Dios, puede volver “a su propio país” de donde había venido por un camino duro y lleno de peligros para alcanzar el más alto amor de Dios. Antes de alcanzar este amor no podía sino tratar de subir mirando hacia arriba. Pero cuando se ha entrado de lleno en el amor divino, se puede siempre crecer en él, penetrando cada vez más en Dios. Entonces se podrá descender mejor para ver al prójimo y escucharlo. (pp 150-151)

(9-VIII-42) [72] ... Cuando el amor de la verdadera caridad se apodere de toda nuestra libertad y espíritu, siempre y en todas partes, entonces todas las otras cosas adquirirán el orden de la tranquilidad y la paz, sin perturbaciones del entendimiento, memoria y voluntad. Pero esto se realizará en la patria de los bienaventurados hacia la que vamos subiendo todos los días (p 156)

(12-VIII-42) [81] El día de santa Clara, tuve en la misa alguna distracción. Deseaba edificar a los presentes y, al mismo tiempo encontrar devoción en ello. Esto mismo me había sucedido en muchas ocasiones sin saber yo que era una tentación. Cuando caí en la cuenta, no veía la manera de rechazarla, porque estaba entonces más arraigada en mí que ahora cuando siento ya mayor repugnancia a tales defectos. Al dar vueltas sobre esto el mismo día, me concedió el Señor la gracia de no dar cabida en mí a tales imperfecciones, en las que yo no era consciente de que hubiera pecado... (p 160)

(15-VIII-42) [88] ... Es una gracia grande de Dios nuestro Señor que el hombre se encuentre muchas veces como quien vive en sí mismo con la gracia suficiente para que conozca mejor y sepa distinguir el propio espíritu y el espíritu que le viene de fuera, sea bueno o malo... (p 164)

(15-VIII-42) [89] ...

Quiera la divina Bondad confirmar en mí lo esencial de su gracia de tal manera que cada día me sienta más fuerte, y bueno para actuar bien cuando se me retire la consolación, como me ha sucedido muchas veces, y que se creen en mi cuerpo, alma y espíritu tales hábitos con los que pueda aprovecharme de su gracia al cesar los fervores espirituales que acompañan mis actos. (p 165)

(21-VIII-42) [98] El mismo día, al pensar como la pasión de Cristo y la compasión de la Virgen son como los peldaños de una escalera para subir directamente a la Ascensión y a la Asunción, tuve gran devoción ofreciendo mi alto y bajo conocimiento de todos mis bajos y altos que yo experimento, con el deseo de que nuestro Señor me conceda la gracia de no entristecerme nunca ni alegrarme sino de las penas y alegrías de Cristo y de su Madre. (p 169)

(25-VIII-42) [103] Por alma entiendo la parte sensitiva, juntamente con la parte inferior de la razón por medio de las cuales la inteligencia razona sobre lo que ha recibido por los sentidos; entiendo por espíritu la parte superior que se ocupa de las cosas de Dios y que recibe del Espíritu Santo y de los ángeles y de la enseñanza de la fe sus razonamientos, deseos y afectos. suplicaba al Hijo que las gracias que yo pedía me fueran concedidas en el momento de recibir su preciosísimo cuerpo, su alma y su divinidad, presentes en este sacramento. (p 171-172)

(29-IX-42) [117] ... Pero comprendí que me bastaría servir, alabar y glorificar a Cristo al pensar el modo con que Él estaba en el mundo, a saber, contentándose con poco y dejando aquí a sus vicarios; de manera que quien los escucha, escucha a Él; dejando también entre

nosotros a los pobres de quienes dijo: “Cuanto hicisteis a uno e estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”. (179)

(30-IX-42) [121] Al meditar todo esto sobre la sangre del Cordero Inmaculado sentí mucho la fuerza de la muchedumbre que nos enseñó Cristo con palabras y obras. Porque no hay camino más eficaz contra la crueldad y la ira y contra todo lo que se opone a la caridad, que mostrarse tan mansos que no ofrezcamos resistencia a ninguno de los golpes que nos den, sino que los recibamos con mansedumbre, permitiendo al que nos golpea que continúe haciéndolo cuanto quiera. Esta es la única manera de que, al fin, llegue a partírsele y a ablandarse su corazón al ver tu paciencia y las entrañas de tu bondad. (pp 180-181)

(4-X-42) [126] Ese mismo día pensé mucho en la manera de orar y actuar bien. Y en cómo, de alguna manera, los buenos deseos que brotan de la oración, preparan el camino y disponen para el bien obrar; y, al contrario, las buenas obras llevan a los buenos deseos. Noté y sentí claramente que quien busca con espíritu a Dios en las buenas obras, lo encuentra después mejor en la oración que si hiciese lo contrario que es más frecuente: buscarlo primero en la oración y después en las obras. Quien busca y encuentra el Espíritu de Cristo en las buenas obras, aprovecha más sólidamente que quien sólo lo busca en la oración. Y esto es así porque quien encuentra a Cristo en las obras y en la oración es como si lo tuviera en efecto y en afecto.

Tienes que esforzarte, por consiguiente, por vencerte a ti mismo, mortificarte, integrarte y disponerte para recibir todo bien por las buenas obras. Experimentarás entonces que esa es una excelente preparación para la oración mental. Que tu vida tenga algo de Marta y María, que se apoye en la oración y en las buenas obras, que sea activa y contemplativa. Que busques lo uno para lo otro y no por sí mismo, como muchas veces sucede. Has de buscar la oración como medio para obrar bien. Si estas dos cosas están ordenadas la una a la otra será mucho mejor. Y hablando de manera general es preferible que tus oraciones vayan encaminadas a obtener los tesoros e las buenas obras. Y no al contrario. Otra cosa será para quien lleva una vida puramente contemplativa. Este ha de ejercitarse en acumular tesoros de divino conocimiento y amor, y no necesita pedir gracias tan universales como quienes están metidos en la acción.

[127] Estos últimos tienen que actuar de diversas maneras y están llamados a hacer muchas cosas. Tienen muchas cosas debajo de sí, cerca, dentro de sí, delante, detrás, a la derecha, a la izquierda. Y todo esto exige capacidades diversas en quienes tienen que actuar. Si no progresan en ellas están abocados al fracaso. Necesitan cierto grado de paciencia, de humildad, de caridad. Han de tener aquellas virtudes que exige el trato con los pobres, con los enfermos, los pecadores, los perseguidores. Unas cualidades son necesarias para saber tratar con los inferiores, y otras con los superiores. Necesitan también diversas virtudes según sean las ocasiones en que se encuentran. En tanta diversidad de actividades es fácil que vean la necesidad que tienen de la unción divina, de la infusión de los bienes divinos. No sólo para ellos sino también para los prójimos con quienes tratan.

Como preparación para socorrerles y ayudarles necesitamos muchas luces espirituales, ojos, oídos y demás sentidos. Y no sólo esto sino también, fortaleza, piedad, liberalidad, diligencia, y demás virtudes del alma y del cuerpo. Si carecemos de estas virtudes es fácil ver que se siguen dos inconvenientes, uno con relación a nosotros, porque nos vemos con defectos; otro con relación a los prójimos a los que no ayudamos bien, o les ayudamos mal, o por lo menos no tan bien.

[128] Así que ordinariamente nuestras oraciones han de ir orientadas a este fin, a las buenas obras, y no al contrario, las obras encaminadas a la oración. Esto hablando de manera general y refiriéndonos a la vida mixta. Otra cosa sería si hablamos de manera particular. Porque en

este caso no podemos menos de orar frecuentemente teniendo por fin algunas oraciones. Hay que trabajar para que no sólo por medios espirituales, como son la contemplación, la oración mental o afectiva busquemos al Señor para hacerlas cada vez mejor, sino buscar con todas las fuerzas que en las mismas obras externas, y oraciones vocales o en otras conversaciones particulares o en las que se hacen en presencia del pueblo se busque lo mismo. (pp 184-185)

(9-X-42) [136] Pedía también al mismo san Diosnisis la gracia de comenzar a sentir en mi corazón las palabras de temor del Señor, o las palabras de amor, o de cualquiera otra virtud de la que yo tengo necesidad. Y alguna gracia para mis ojos, para el sentido del oído y del tacto y del gusto y del olfato. (p 190)

(11-X-42) [140] Después de misa, al examinar cómo había procedido en ella, me pareció que es muy importante pedir constantemente a Dios que me dé y aumente la memoria para acordarme de cualquier ejercicio espiritual pasado y esto por los méritos de la pasión del Señor que es nuestro mayor memorial; segundo que me dé entendimiento para los ejercicios presentes; tercero que me dé una voluntad bien orientada para los ejercicios futuros. Y digo esto no porque estén separadas estas tres potencias en tales ejercicios, sino porque el pasado hace referencia a la memoria, el presente al entendimiento y el futuro al deseo. (pp 191-192)

(12-X-42) [142] Al comulgar en la misa, tuve otro deseo. Con gran devoción deseaba, y así lo pedía, que aquel Santísimo Sacramento se dignase hacerme instrumento suyo obediente a Él y también a su Madre y a todos y cada uno de los vivos. Y que cada uno pudiera usar este instrumento según su voluntad. De este modo me ofrecí hoy a todos. Que Cristo haga que yo lleve a cabo lo que he ofrecido, para poder ser de todos; y no sólo ser, sino vivir y trabajar para todos y por todos, o en lugar de todos, para gloria de Dios y salvación de todos los vivos y muertos. (p 192)

(13-X-42) [143] ... Procura, por tanto, tener verdadera devoción a Dios y sus santos y encontrarás fácilmente la manera de portarte con tu prójimo, amigo o enemigo. Pero si se tratase de algo que debes hacer o decir para reconciliarte con tu hermano, eso sería lo primero que tendrías que hacer para reconciliarte con Dios, según aquellas palabras: “Si te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, etc.”

Mas aquí se trata de impresiones interiores y de movimientos afectivos del espíritu. En este caso es suficiente el cambio de actitud interior. Se requiere sólo una reconciliación espiritual cuando tengamos que rechazar de nuestro corazón alguna amargura para que nuestra caridad venga acompañada de sentimientos de bondad, generosidad, paciencia, resignación para evitar la irritación y no perder la confianza en las personas, o la esperanza que se funda en el espíritu principal, santo recto y justo. Cuando hay esto surge inmediatamente la devoción y con ella todos los bienes que he dicho antes. Principalmente el ensanchamiento del corazón para con todos los hombres y todas las cosas. Desaparece así el error que podía existir en el entendimiento, debido a algunos pensamientos inconvenientes, aunque fuesen ciertos, conformes a la razón humana, pero propuestos por el mal espíritu. Desaparece también el error que podía residir en la voluntad al acoger sentimientos no buenos, o por lo menos imperfectos, que quitan la paz.

[144] Es preciso tener cuidado de no buscar la victoria de estos males con la fuga, es decir, sorteando las dificultades, o evitando el trato con las personas que nos causan alguna intranquilidad de espíritu. Más bien debemos aproximarnos a ellas, imitando a Cristo que de tal manera se acercó a los que le habían hecho mal, que aun después de muerto, traspasado por una lanza, derramó sobre Longino su sangre, lo que es signo evidente el constante amor de Cristo a sus enemigos. De manera que cuanto mayor era el odio de los enemigos a Cristo,

queriendo rechazarlo y oponerse a su poder, tanto más el mismo Jesús procedía con amor, sin huir ni apartar su cuerpo o espíritu, sino entregándose a todos ellos, ofreciendo su cuerpo al que le hería y derramando su sangre para curarlo, no sólo cuando estaba vivo, sino después de muerto. Así quiso Cristo abrirse totalmente a sus enemigos. (p 193-194)

(26-X-42) [151] ... Me acordaba de las grandes aflicciones de los hombres: enfermedades, pecados, terquedades, desesperaciones, llantos, calamidades, hambres, pestes, angustias etc. Como remedio para todas ellas, pensaba en Cristo como redentor, Cristo como consolador, Cristo como vivificador, iluminador, ayudador, libertador, misericordioso y clemente, Dios y Señor. Le pedía, de acuerdo con la fuerza de tales nombres, que se dignase socorrer y ayudar a todos. Aquí también deseé y pedí con gran devoción y movido de un sentimiento nuevo que, por fin, se me conceda ser servidor, y ministro de Cristo consolador, de Cristo ayudador, de Cristo salvador, de Cristo médico, libertador, enriquecedor, fortificador; de manera que yo pueda, por su medio, ayudar a muchos, consolarlos, librarlos de varios males, fortificarlos, darles luz no sólo espiritual sino también, si con el favor de Dios puede uno atreverse tanto, corporal, y todas las otras cosas que son propias de la caridad para el alma y para el cuerpo de los prójimos. (pp 198-199)

... Porque, a causa de la imperfección humana, no damos importancia a las pequeñas dificultades de los otros, y sí la damos a nuestras mínimas comodidades. (p 200)

[153]... Pide gracia para las cosas más pequeñas y se concederá para hacer, creer, esperar las cosas mayores. Contempla y medita lo pequeño para ponerlo por obra y Dios te otorgará cosas más relevantes. Extiéndete y dedícate a lo que puedes hacer con una pequeña gracia de Dios y Él te concederá una gracia grande para realizar lo que está sobre tus fuerzas. (pp 200-201)

[154] Muchos piensan en cosas imposibles y, entre tanto, descuidan las obras que tienen al alcance de la mano. Por eso se te propone una fe pequeña como un grano de mostaza y, como el primero y mayor mandamiento, la caridad. Porque es necesario que en cuanto tengas un poco de conocimiento y fe en el entendimiento crezcas en afecto no ocioso, de manera que no desees estar siempre aprendiendo cosas nuevas y creciendo en el entendimiento, sin preocuparte del crecimiento de la voluntad operativa. Si tienes un único talento de conocimiento y de fe, ponte a trabajar con él para que tengas alguna ganancia y llegues a tener dos talentos. Ten mucho cuidado de no enterrarlo, ni digas que quieres tener dos talentos antes de ponerte a trabajar. Es preciso, como ya he dicho, ponerse a trabajar seriamente con un único talento par ganar el segundo. No omitas la práctica de las obras presentes y que están a tu alcance, por la contemplación ociosa de cosas futuras y que están lejos de ti. (p 201)

[158] No des crédito a los malos espíritus que siempre te pintan catástrofes e intentan hacerte ver todo negro. Porque según son los malos espíritus así te pintan las cosas que desean que un pésimo final. Procura hacerte un instrumento del buen espíritu que te muestra las cosas y sus condiciones como él desea que sean y, por su parte, está dispuesto a que así sucedan, echando mano de ti como instrumento suyo... Por eso no debes dejar de hacer lo que puedas, ni desesperar nunca, aunque Dios te dijera: éste va a condenarse. Porque Dios, no sólo en nosotros, sino también en la Sagrada Escritura habla de muchas cosas de manera absoluta, las cuales, sin embargo, por condiciones variables, no son absolutas. (p 203)

(27-X-42) [159] En la vigilia de los apóstoles Simón y Judas al levantarme a orar en el silencio de la noche, sentí una gran inspiración para procurar y poner todo empeño en que los

pobres enfermos que vagabundean por la ciudad de Maguncia sean recogidos y recibidos en algún hospital para ser curados y recuperar su salud. Pude ver mis muchas negligencias, olvidos y descuidos con algunos pobres llenos de llagas a los que vi en otro tiempo y algunas veces ayudé, pero con negligencia y flojedad. Aunque entonces yo carecía de medios, podía haber procurado que otros los socorriesen, o haber pedido limosna de puerta en puerta, para prestarles algún alivio mayor que el que tenían. Podía haber acudido a los obispos del lugar, a los médicos y cirujanos, a los señores y magistrados de las ciudades... (p 204)

(28-X-42) [160] El día de los santos apóstoles Simón y Judas, después de la misa, tuve gran consolación en mis coloquios y oraciones dirigidas inmediatamente al mismo Dios. Unas veces al Padre, otras al Hijo y otras al Espíritu Santo y aun a la humanidad de Cristo nuestro Señor... (pp 204-205)

[161] ... Pero (Dios) en su voluntad normativa es tan humilde y pone tales límites a sus mandatos que nada impone como obligatorio que supere las fuerzas el hombre, por débil que éste sea, ayudado como está por la gracia de Dios, gracia que siempre tiene a su alcance, más a su alcance que sus propias fuerzas.

Nada impone como precepto u obligación que no esté dentro de las fuerzas del hombre, o incluso por debajo de ellas, y dentro del poder que el hombre tiene sobre lo que está debajo de él, delante o detrás de él. Sólo por esto tendríamos que dar muchas gracias a Dios, que, siendo en sí mismo infinito e ilimitado, tiene en cuenta nuestras fuerzas limitadas y por todas partes recortadas, y nos da para todo su gracia y dones. Nunca nos obliga a apurar las fuerzas de nuestra capacidad, de nuestro conocimiento, de nuestra voluntad. Él sea bendito por los siglos de los siglos. Amén. (p 205-206)

(4-XI-42) [173] Noté también que muchas veces es mejor vernos privados de una gran devoción. Tenemos que aprender a movernos con gracias pequeñas o, por decirlo de otra manera, cooperar con una pequeña gracia de Dios para ejercitar lo que hay en nosotros y procede de nosotros. Porque con frecuencia quiere Dios que con una pequeña ayuda de su gracia te esfuerces por conservar algún vivo deseo o una buena intención para actuar o para hacer algún fruto espiritual...

Es bueno para el espíritu buscar, pedir, llamar, aunque no se experimente mucha devoción. Esta es la manera de caminar y de sembrar con dificultad y lágrimas. Así llegamos al mismo Dios. Y cuando ya tenemos una pequeña devoción o consolación, salimos de Dios consolador al que hemos encontrado, siendo constantes en la búsqueda.

[174]... Que nadie diga que no puede hacer el bien siempre y en todas partes. Porque, aunque nuestra suficiencia nos venga de Dios, no hay que esperarla como si no estuviera en nosotros. Porque está la gracia llamando siempre a la puerta y siempre y en todas partes nos previene y espera que cooperemos con ella con lo que tenemos en nosotros y que nos ha sido dado por la creación, y de otras maneras. (pp 211-212)

(13-XI-42) [177] (Ante la muerte de D. Bartolomé Monzón)... me puse un poco triste al recordar algunas negligencias más en cuidarme de él. Me parecía que no había hecho nada. Encontré una buena respuesta al pensar que era bueno que la persona siga adelante con la voluntad de hacer cualquier obra buena y no fatigarse ni deprimirse por lo ya pasado. (p 214)

(30-XI a 5-XII-42) [189] Noté entonces cómo, durante los treinta que vivió antes de salir a enseñar al mundo con sus palabras, Cristo nos había enseñado con sus acciones que cada uno tuviera cuenta de sí mismo para progresar dentro de sí. Él nos enseña a imitarle en su escondimiento en el seno materno, privado de la experiencia que permite al hombre entender,

recordar, desear, o de ver, oír, gustar, oler y tocar. Para poder imitarle en todo esto, se ha de tener en cuenta que Él quiso ver y sentir con los sentidos exteriores antes de hacer uso experimental de la razón humana; quiso oír antes que hablar. También hay que considerar, para imitarlo, que primero quiso valerse de la vista y de los otros sentidos externos, antes que hacer uso experimental de la razón humana; quiso oír antes que hablar, quiso someterse antes que mandar, ser discípulo (digo ser y no sólo ser llamado), antes que maestro; ser gobernado antes que gobernar. (pp 220-221)

(8-XII-42) [192] ... *Fiat, fiat*. Todo lo que se haga procederá del poder el Padre, será administrado por la sabiduría del Hijo, y se me dará por la bondad del Espíritu Santo. *Fiat, fiat*. (p 223)

(25-XII-42) [194] Deseé también con pleno conocimiento y con todo afecto que nacieran, esa noche, buenos y abundantes remedios contra los males de nuestro tiempo. Sentí al mismo tiempo gran deseo de hacer yo, de ahora en adelante, a toda obra buena para mi salvación, para la gloria de Dios, y para bien del prójimo. Esto se hará si el Señor me concede una inspiración que sea en mí una fuente interior y medio para consagrarme y ordenarme enteramente para hacer toda obra buena, imitándole a Él que fue concebido para bien de todos, y para bien de todos nació y murió. De esta manera debemos vivir en espíritu el tiempo que nos queda de vida y hacer todo para provecho del prójimo y alabanza de Dios. Ya hemos vivido bastante, quizás demasiado, para nosotros y para nuestras comodidades temporales, como si hubiéramos nacido sólo para nosotros. (p 223-224)

[196] La primera misa, la de media noche, y que celebré en la catedral, la apliqué por nuestra Compañía. Deseaba con toda mi alma para ella un nacimiento en buenos deseos de santidad y justicia delante de Dios y que cada uno de sus miembros naciera para el mundo entero. (p 224)

[197] En la primera misa me sentí enteramente frío antes de la comunión, y me dolía de no poder disponer de otra morada mejor para recibir al Señor. Me vino entonces una inspiración bastante clara con un interior sentimiento de devoción, hasta derramar lágrimas, en el que se me dio esta respuesta: Jesucristo viene al establo y si estuvieras muy fervoroso, no verías aquí la humanidad de tu Señor porque tu espíritu no estaría en consonancia con el establo. Fui consolado por el Señor que se dignó entrar en casa tan fría.

Yo quería que mi casa estuviera adornada para poder consolarme con ella. Pero la actitud el Señor, me consoló. Ojalá que, en adelante, se me conceda que cuando yo no pueda ver en mí mismo el modo, la forma, y la disposición que a mí me gustaría tener con el mismo Dios, con Jesús o su Madre o sus santos, ojalá digo, que cuando estas cosas, por justas razones, no me sean concedidas, pueda yo ver y sentir la disposición, forma y modo que el Señor adopta conmigo. (p 225)

(26-XII-42) [198] Que el Padre omnipotente, el Hijo y el Espíritu Santo me den la gracia de que yo sepa y pueda y quiera buscar y pedir estas dos cosas: el ser amado por Dios y por sus santos y amarlos yo a ellos. De aquí en adelante he de poner más cuidado en lo que es mejor y supone mayor generosidad y que yo menos he hecho, que es buscar más amar que ser amado. Por eso he de fijarme con más diligencia en las señales que me pueden mostrar que yo amo, que en aquellas otras que me manifiestan que yo soy amado. Y estas señales serán los trabajos que hago por Cristo y por el prójimo, según lo que Cristo dijo a Pedro: “¿Me amas mas que éstos? Apacienta mis ovejas”. Has de procurar ser primero Pedro y después Juan, el cual es más amado y hacia quien van las preferencias. Hasta ahora has querido ser primero

Juan y después Pedro. Esto lo escribí el día de san Esteban después de haber rezado las vísperas de san Juan Evangelista. (p 226)

(27-XII-42) [199] El día de san Juan Evangelista ofrecí la misa por algunas necesidades espirituales, y contra ciertos fríos de malos espíritus que de tal manera me indisponen hacia algunos prójimos y a ellos hacia mí que no sabemos sufrirnos ni corregirnos mutuamente. Encontré en esto bastante devoción y esperanza contra los embates diabólicos que hacen que los hombres cierren unos a otros sus corazones. A veces uno no sabe soportar al otro o, si no hay que soportarlo, no sabe o no quiere ayudarle a que se corrija, sino, más bien, quiere alejarse de él movido por el espíritu de división. (pp 226-227)

(1-I-43) [205] ... No busquemos para nosotros otro nombre, en esta vida, que no sea el nombre de Jesús, es decir, Salvador. Porque quien busca el nombre de padre, no por razón de la salvación de los hijos, no procede rectamente. Y dígame lo mismo del nombre de maestro, pastor, señor, obispo, procurador, rey, caudillo, emperador y otros nombres, porque todos ellos tienen su razón de ser en Jesús. (p 229)

(2 y 3-I-43) [209] ... Porque sucede frecuentemente, y así me sucedió a mí en esta ocasión, que cuando uno halla mayor favor entre los hombres, más se ve privado interiormente del favor de Cristo y de su Espíritu.

[210] Sentí en mi alma una especie de huída de los favores humanos y de los dones que se pueden recibir de las personas importantes. Vi que es medio más eficaz para obtener el favor de Dios, el desprenderse de todo, y acercarse lo más posible a Cristo crucificado. Todo favor humano, si hay que buscar alguno o aceptarlo, se debe referir a Dios y encaminarlo a la edificación de los prójimos y no al provecho personal. Porque desprovistos de todo favor, es como mejor hallamos a Jesús en nuestras almas.

[211] La tendencia y la inclinación del corazón han de seguir siempre el camino que conduce a la cruz. Porque Cristo crucificado es el verdadero camino hacia la glorificación del alma y del cuerpo. Y no sólo es camino, sino también verdad y vida. (p 231)

[212] Hay que buscar primero el poder de Cristo crucificado, y después el poder de Cristo quiso morir voluntariamente y sufrir todo lo que quisieron hacerle sufrir sus enemigos. Por su poder fue destruida nuestra muerte que se afianzaba, y todavía se afianza, y de alguna manera se sostiene, por los miedos que tenemos de padecer y morir.

Él solo destruyó y redujo a la nada nuestra muerte. Porque sólo Él, voluntariamente, asumió por nosotros su cuerpo y lo expuso a todos los tormentos y a la muerte. Lo que quiere decir que nosotros deberíamos armarnos de los mismos pensamientos y voluntad para ofrecernos por Él a los padecimientos y a la muerte para destruir el cuerpo del pecado para que al fin hallemos el cuerpo de la gracia y de la gloria de Dios en Jesucristo Jesús nuestro Señor, en quien nuestro espíritu ha de encontrar su propio ser, su vida y movimiento. (p 232)

(7-I-43) [218] Entonces observé y caí en la cuenta del proceso que siguen los que se apartan de la Iglesia. Comienzan por entibiarse en las obras y ejercicios que se refieren a las gracias y diversos dones recibidos de Dios. De aquí pasan a no apreciar lo que no pueden entender por su propio juicio. Buscan después razones para su fe y esperanza, poniendo todo en duda. Así disipan todo lo que el Espíritu Santo les había infundido; pierden la verdadera fe, la que se funda en la fe católica y en la comunión de los santos, y buscan después una fe a su gusto, con razones que cada uno examina por sí mismos deciden el sentido que se les debe dar. Así van montando su propia fe, o mejor, sus opiniones y errores.

[219] Porque cuando quieren atraer a alguno a sus errores, lo primero que le piden, como principio y presupuesto, es que prescinda de todo apasionamiento. Así llaman ellos a la

adhesión firme de un verdadero católico cristiano con que se agarra al parecer y dictamen de la Iglesia y a la autoridad de sus doctores. ¿Qué quiere decir que el hombre deje ese apasionamiento como lo dejan ellos, sino desechar y abandonar espontáneamente la fe católica y la sencillez y humildad del entendimiento sometido y rendido a la fe?

Cuando arrancan al hombre de este santo y necesario sometimiento, entonces le piden generalmente que busque la fe por medios que están a disposición de todos, como las Escrituras y la razón, sin echar mano de ningún otro juez, sino la libre opinión de cada uno. Mientras en esta indagación uno comprende que ya ha perdido la fe que antes tenía o siente que la va perdiendo, entonces le dicen que la fe hay que pedirla a Dios y que hay que pedirle también el juicio para juzgar por sí mismo las Escrituras y lo demás. Porque la fe es un don de Dios y que no todos lo tienen, y otras cosas parecidas. Lo que es muy cierto, pero que, dicho así en este momento, no conduce a nada bueno. Porque en lo que convenía insistir aquí es en que estos dones cada uno los puede malgastar y echar a perder libremente.

El que por su voluntad perdió la fe que tenía cuando se fiaba de las palabras y del sentido de la Iglesia católica, y no había renunciado aún a la doctrina de los doctores católicos, no ha de extrañarse de que no encuentre la fe por otros caminos, siguiendo su propio juicio. Y no debe echar la culpa a Dios de que no se la quiera dar. Porque Dios quiere dar la fe a todos y a cada uno, pero no a quien quiere vivir fuera de la Iglesia, donde no hay ni salvación ni vida, no verdadera resurrección.

Muchos sentimientos y dones y gracias recibe cualquier fiel católico cristiano, pero si quisiere, por sí mismo, averiguar la razón de cada uno de estos sentimientos y dones y las Escrituras y palabras sagradas en que se apoyan, sufrirán no pocos daños. (pp 234-235)

[222] Si te preguntase alguna cosa quien no te puede prestar una ayuda espiritual, ni está preparado para ello, y que tampoco quiere que tú le ayudes, no entres en conversación con él. Huye y apártate de él como de una serpiente o de un escorpión. No respondas a sus preguntas. Porque si le respondes bien no va a acoger lo que le digas, y si le respondes mal no va a instruirte ni enseñarte nada. (p 236)

(10-II-43) [247] ... Dios no retira a sus santos de sus funciones; cada uno de ellos desearía que Dios se comunique a todos en la misma forma que se le comunicó a él. Cada uno, durante su vida, tuvo un camino distinto y no todos gozaron de las mismas gracias, ni quiso Dios que todos sobresaliesen en las mismas obras y ejercicios. (p 250)

(11-II-43) [249] Este mismo día, diciendo el oficio traté de arreglar el reloj sin verdadera necesidad. Se me ocurrió pedir a Dios la gracia de que Él me arreglase y ajustase para poder yo orar bien... De aquí tomé ocasión para reprenderme a mí mismo porque hasta ahora me ha sucedido frecuentemente que en vez de estar atento, organizado y ordenado en mis oraciones y meditaciones, me he detenido en tocar, ver, ordenar otras cosas sin necesidad. Siendo así que debí poner todo mi empeño en organizarme y prepararme para hacer bien lo que traía entre manos, o lo que tenía que decir o pensar. Porque sólo se hacen bien las cosas cuando se pone en ellas todo el hombre, con todas las potencias necesarias. Cuando se pone todo el hombre, pienso que entonces no ha de faltar la presencia del buen ángel. Y si el buen ángel está presente, el Espíritu Santo no está muy lejos para perfeccionar lo que tenemos que hacer. (p 251)

(14-II-43) [254] Este día, después de misa, pensé en la variedad de espíritus que me han agitado muchas veces y me hicieron dudar de las posibilidades de hacer fruto en Alemania. Caí en la cuenta de que no hay que hacer ningún caso a lo que sugiere el mal espíritu que todo lo pone cuesta arriba y no hace más que poner inconvenientes, sino a las palabras y

sentimientos del buen espíritu que ofrece posibilidades y da ánimo aunque hemos de tener cuidado de no inclinarnos demasiado a la derecha. En una palabra, hay que tener discreción para mantenernos en el medio, entre la derecha y la izquierda, de manera que a la buena confianza no se mezclen las ilusiones que nacen de la abundancia, ni que nuestro miedo se agrave por la sequía (*siccitas*). Pero si, a veces, nos resulta difícil no inclinarnos a una parte o a otra, más seguro y menos peligroso es esperar. Y caminar en tiempo de abundancia, que el acomodarnos a la tristeza de la que nacen mil errores y engaños y que originan después trampas y complicaciones.

Quien ha llegado a distinguir el espíritu de la abundancia y sus palabras, y también el espíritu tentador y turbador y sus palabras, podrá sacar buenas enseñanzas de ambos conocimientos. Porque hay que acoger y retener el espíritu de la abundancia y buscarlo si se ha perdido. Hay que conservar la alegría, la consolación, el aliento y la tranquilidad y todas aquellas manifestaciones que nacen del afecto bueno, procurando volver a ellas para que más profundamente se arraiguen. Pero no habrá que dar cabida a todas las palabras que se presenten porque podrán mezclarse algunas no verdaderas, debidas al mal espíritu que se presenta como ángel de luz.

Con relación al espíritu contrario y a sus palabras, hay que proceder de manera totalmente contraria. Hay que rechazar con diligencia todos sus sentimientos, pero podrían retenerse quizás algunas de sus palabras porque podrían ayudarnos para guardarnos de muchas cosas y hacernos más prudentes en los asuntos humanos, pues muchas serán verdaderas y útiles si luego son informadas por el buen espíritu. (pp 253-254)

[255]... Caí en la cuenta de que Cristo se me da a mí todos los días cuando celebro la misa, y está dispuesto a dárseme de otras muchas maneras, como en la oración y en otras devociones, yo también me tengo que dar y entregarme a Él. Y no sólo a Él, sino por Él a todos los prójimos buenos y malos. Tengo que darme a ellos hablándoles, enseñándoles, haciéndoles bien, trabajando por ellos. He de darme y entregarme a todos, en lo les pueda ayudar, dar y consolar. Darme a ellos con todas mis cosas. *Fiat, fiat.* (p 254)

(22-II-43) [258] El día de la fiesta de la Cátedra de san Pedro, al decir la misa y experimentar mis acostumbradas amarguras por mis imperfecciones, tuve un sentimiento. No debía preocuparme tanto de tales imperfecciones, ni darles tanta importancia como yo les daba. Porque al no hacerles caso se desvanecen. Y si me detengo en ellas, me desalientan y me hacen imperfecto. (p 255)

(26-III-43) [277] El lunes de Pascua, después del rezo de maitines, volví a caer en mi acostumbrada cruz. Me dejaba invadir de tristeza por tres causas:

La primera, porque no siento, como a mí me gustaría, las muestras del divino amor hacia mí.

La segunda, porque experimento en mí señales del viejo Adán más de lo que yo desearía.

La tercera, por mi incapacidad de hacer, en los prójimos, el fruto que yo quisiera.

A estas tres cosas pueden reducirse mis aflicciones de espíritu. Por eso creo que constituyen mi cruz. (p 264)

[279] Pero no podrás morir a esa vida tuya sino por la muerte de cruz que le es contraria. Muerte de cruz que consiste en estas tres cosas:

Primera, que encuentres tu paz en la idea de no desear de tu propia voluntad, sentir ninguna devoción accidental.

Segunda, que no te turbes lo más mínimo, aunque todo tu hombre viejo, por muy grande que haya sido en el pasado, resurja desde sus raíces y concupiscencia, puesto que no se trata de pecado mortal ni venial.

Tercera, que no te inmutes, si no recoges con tus manos el fruto de tus obras exteriores, ni tú ni los otros que te vigilan y miran para imitarte y gozar de lo bueno que haces, o aquellos que vigilan para calumniarte y despreciarte.

Cuando hayas muerto en la cruz con esta clase de muerte y, en cuanto de ti depende, desees morir públicamente; cuando estuvieres como sepultado con esta muerte y sepas prescindir de si te miran o te observan, o sospechan de ti, o te desprecian, o esperan algo de ti, entonces se te concederá por lo menos desear y quizás echar los fundamentos de una nueva forma de consolación para tu espíritu, por la que tendrás la experiencia de otra vida por la resurrección del cuerpo, del alma y del espíritu. Una vida nueva cuya raíz y el mismo fruto, las hojas, las ramas y flores no serán de la misma condición que las de la vida que ahora tienes, sino que serán más duraderas, y cada una de estas cosas permanecerá en su condición inmutable. (pp 264-265)

(1-IV-43) [283... Era tiempo de dar muchas gracias a Dios porque con tantos cambios ni me sobrevino la muerte, ni enfermé ni me sentí indispuerto.

Y, sin embargo, no puedo menos de pensar que no pocas veces fui a parar a lugares infectos y peligrosos para el cuerpo. Porque con frecuencia estuve en hospitales, donde la limpieza brillaba por su ausencia y muchas veces en pésimas posadas. He tenido que aguantar el frío en lugares en que, fuera del techo de la casa, un poco de heno o paja, no había otra cosa. He dormido, no pocas veces, a la intemperie. (pp 267-268)

[288] ... Quiera, pues, Jesús que murió primero, y, antes de resucitar de entre los muertos, hizo bienaventurados a los santos y patriarcas, que aprendamos nosotros, ya desde ahora, a vivir a la vida del espíritu, separados del cuerpo, y no a aquella vida miserable que consiste en hacer mal uso de nuestro entendimiento, memoria y voluntad, sino la contraria que está en usar bien de estas tres potencias del alma. (p 269)

(25-IV-43) [299] ... Pero hemos de tener muchísimo cuidado de no apartarnos de la terminología ordinaria de los doctores católicos, ni tampoco hay que multiplicar los términos, principalmente en las cosas sagradas, al mismo ritmo que los movimientos del espíritu, porque sabemos que una misma expresión puede valer para diferentes experiencias espirituales. Y si cada uno se afanase en hacer escribir y publicar libros, usando una terminología adaptada a sus propias ideas, habría y ya hay, infinitas sectas de doctrina, infinitas maneras de definir las cosas, aun las sagradas, de dividir las y distinguir las. (p 274)

(26-IV-43) [299] Experimenté entonces una moción del buen espíritu para llorar mis muchos retrocesos, mis miradas y vueltas atrás, las que nunca lloraré bastante.

Comencé a admirarme de que, por justicia o misericordia de Dios para conmigo, raras veces o nunca he sentido que el Espíritu Santo me reprenda o amenace con los castigos merecidos o me eche en cara mis pecados y defectos. Las reprensiones que ordinariamente he oído o sentido contra mí han nacido de mi propia conciencia, o del espíritu que se me ha dado para probarme.

De aquí surgió en mí el deseo de pedir insistentemente al Altísimo que me conceda la gracia de poder sentir desde ahora sus palabras y el arrepentimiento de mis pecados que nace de su Espíritu Santo. Con este fin decía: “Señor, Dios mío, hasta ahora has guardado silencio sobre mis pecados pasados y aun sobre mis defectos e imperfecciones presentes. Parece que hasta ahora no has dicho ni una sola palabra por boca de tu Espíritu a mi alma y a mi corazón en materia de pecados, siendo así que de muchas maneras me has enseñado a hacer el bien y seguir tus consejos. Comienza ya desde el principio, y de manera nueva, a sugerirme inmediatamente, por tu Espíritu, palabras y sentimientos de verdadera y perfecta contrición,

mueve por tu Espíritu mi alma a llorar mis pecados, como hasta ahora le concediste llorarlos por medio de otros espíritus”.

Este deseo lo sentí no porque me viese abrumado por el peso de mis pecados o porque me remordiese la conciencia, como si no estuviese pacífica y tranquila, sino porque sentía en mí aquel más elevado espíritu de Dios, por el que deseaba renovarme con un nuevo sentimiento de mis pecados y del conocimiento del mismo Dios al que había ofendido con ellos. (p 275)

(28-IV-43) [300] Otro día, al visitar al Maestro Pedro Geldrense que estaba haciendo Ejercicios completos, entendí mejor que nunca, por algunas evidentes reflexiones, la importancia que tiene para el discernimiento de espíritus, ver si prestamos más atención a los pensamientos o locuciones interiores que al mismo espíritu que suele manifestarse en deseos y afectos, en la fortaleza de ánimo o en la debilidad, en la intranquilidad o inquietud, en la alegría o tristeza y semejantes afectos espirituales. Por estas cosas se puede juzgar más fácilmente del alma y de lo que hay en ella, que por los mismos pensamientos.

[301] Porque hay personas que por más ejercicios de oración y contemplación que hagan en los diversos ejercicios espirituales, apenas son capaces de distinguir la variedad de los diversos espíritus. Les parece que les mueve siempre un mismo espíritu, aunque unas veces más y otras menos. Existe un medio eficaz para distinguir esta diversidad de espíritus, y es el proponer la elección de estado de vida; y luego en cada estado, los diversos grados de tender a la perfección. Y generalmente cuanto más elevada sea la meta que le proponemos a una persona, en el terreno de la actividad de la fe, para esperar o creer o amar de manera que se aplique a ello efectiva y afectivamente, tanto más fácilmente le das ocasión para excitar en él y ver la diferencia entre el espíritu bueno y malo.

En personas piadosas, dadas a la devoción y alejadas el pecado, es fácil distinguir el buen espíritu del malo. Porque no suelen tener pensamientos fuera de los límites de la verdad y bondad, ni afectos manifiestamente desordenados. Pero cuando a estas mismas personas, por muy santas que sean, les induces a que se examinen sobre algún grado de perfección de vida o conducta dentro de su estado, si es inmutable, o en otro más perfecto, será fácil ver entonces a uno y otro espíritu. A saber el que da fortaleza y el que debilita, el que ilumina y el que ofusca, el que justifica y el que mancha. En una palabra, el bueno y el contrario del bueno. (p 275-276)

(2-V-43) [304] En la vigilia de la Ascensión del Señor, me sentí turbado y desolado, como de costumbre, al considerar algunos males universales en los que me parecía que se oscurecía el servicio de Cristo no sólo en general sino aun en las cosas particulares que yo debía hacer. Me sentí confortado en el espíritu por consideraciones contrarias y comencé a experimentar la consolación. Se me concedió poder ver que no menos había que huir de las consolaciones que se fundan en sólo los sentimientos prósperos reales o posibles, que de las desolaciones contrarias. Digo esto por su tendencia a terminar frecuentemente en exceso y porque la estabilidad del corazón se puede perder por la tristeza vana o por la alegría ligera, y algunas veces más por la propia alegría. Aunque para obrar bien ayuda más la misma alegría aunque vaya acompañada de alguna vanidad espiritual, que la tristeza que va mezclada de turbación y frustración.

Esta perturbación suele tener su origen en el mal espíritu aunque termine en el bueno. Como la alegría contraria que suele tener su origen en el buen espíritu y terminar con el malo. Como el buen espíritu suele tomar ocasión de las cosas tristes para atraernos a lo que sólidamente bueno y darnos verdadera consolación haciendo desaparecer la falsa o vana alegría, así el enemigo suele tomar ocasión de las alegrías para llevarnos a un falso gozo seguido después de la tristeza. Evítense o, mejor dicho, obsérvense los extremos de estos excesos o el principio o

el fin de los mismos para conocer los espíritus que sugieren, promueven, y llevan a término tales movimientos del alma. (pp 278-279)

(3-V-43) [305] El día de la Ascensión se me concedió comprender bien lo que es buscar a Dios y a Cristo fuera y por encima de todas las criaturas, y querer conocerlo a Él en sí mismo. También se me dio a entender algunas diferencias y sentir las espiritualmente entre el ver a la criatura sin Dios, la criatura en el mismo Dios, y a Dios en la misma criatura, o a Dios abstracción hecha de la criatura. La verdadera subida de la mente y del espíritu consiste en que por el conocimiento de las criaturas y los afectos que ellas provocan subamos al conocimiento y amor del Creador, sin apoyarnos de ninguna manera en las mismas criaturas. (p 279)

[307] Para subir por estos grados hay que esforzarse en encontrar a Cristo que es camino, verdad y vida, en el centro de mi corazón, es decir dentro y debajo de mí, después encontrarle sobre mí por medio de mi pensamiento y fuera de mí por los sentidos. Para esto hay que pedir que el Padre que se dice estar arriba, dé el poder; que el Hijo que en cierta manera puede decirse que está fuera por su humanidad, me dé la sabiduría; y que el Espíritu Santo que, hasta cierto punto, puede decirse que está abajo, dentro de nosotros, me dé la bondad... (p 280)

(8-V-43) [310] Pero en nosotros hay tanta variedad, que aunque por una parte parezcamos buenos, por otras muchas tendremos hacia el mal. Ni la voluntad sigue con prontitud al entendimiento, ni, por el contrario, el mismo entendimiento sigue a la voluntad. Los mismos sentidos tienden con mucha frecuencia hacia otra parte, y no a donde los llama la razón. De aquí se sigue que el hombre no es totalmente bueno o recto, aunque alguna parte sea buena y recta. Reconocí también que al hombre se le han concedido grandes beneficios al estar dividido y ser inconstante y mudable en el obrar. Porque aunque alguna parte de él haya sido tocada por el mal y aun infectada, no por eso todo el hombre está perdido. Dígase lo mismo si por algún tiempo piensa que no tiene solución. Como es mudable y flexible, su mal no es irremediable definitivamente. Con frecuencia parece que la sensualidad toda ella está viciada. Pero la misma razón y el espíritu que se oponen, no están inficionados por el mal. (pp 281-282)

(13-V-43) [314] ... Hay que pedir insistentemente al Espíritu Santo que se digne moderar todo espíritu en nosotros, tanto el espíritu en el que se nos comunica la vida, como el que nos da el sentir, o aquel otro por el que tenemos los pensamientos y afectos. Y que esto se nos conceda hasta que llegue el tiempo feliz cuando veremos a Dios siendo todo en todas las cosas. (p 284)

(20-V-43) [317] .. Pedí en mi oración que todas mis fuerzas, todo mi ser y todo mi poder fueran reforzados por el Padre; y que toda luz y claridad, orden, adaptación y entendimiento práctico fueran dirigidos por el Hijo, una vez expulsados sus contrarios; y que todos los afectos, deseos, apetitos, inclinaciones y formas accidentales fueran purificadas por el Espíritu Santo, y expulsadas todas las malas influencias de la carne y del espíritu.

[318] Al pensar y comprender bien, por la fe, cómo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, está fuera de todo y dentro de todo, y por todo, y en todos nosotros, sentí gran devoción y le pedí que se dignase darme gracia para buscarle y hallarle de todas estas maneras. (p 285)

(22-V-43) [320] ... Así para una perfecta oración, se ha de tener presente en la memoria el trono de majestad de Dios Padre, y hasta Él se ha de elevar la memoria misma. En el entendimiento habrá que tener la ilustración de la sabiduría del Hijo, por quien todo se entiende. Y en la voluntad y corazón al Espíritu Santo, sin el cual nada se siente interiormente. (p 287)

(31-V-43) [327] Bastante desgracia tienen los que no quieren tributar a este sacramento el honor que harían a la misma persona humana de Cristo. Porque nos ha dejado a nosotros lo mismo que dejó a los apóstoles en la última cena. A ellos se les dio el cuerpo que, poco después, se iba a entregar para ser crucificado. No muerto, porque el cuerpo de Cristo no se entregaba muerto, sino vivo. (p 289)

(10-VI-43) [329] (Desánimo ante la situación de Alemania)... Porque he llegado a pensar que tenía que desistir de hacer fruto, escapando primero en espíritu, y abandonado después, la misión que me ha sido confiada en esta región renana. Ojalá que la tibieza de los hombres malos, verdaderos o imaginados, su frialdad, malicia y defectos dejen de invadir mi alma y espíritu, de por sí ya pobres, fríos y deficientes. Ojalá termine ya esta inestabilidad mía que ha hecho que ahora me parezca todo próspero y que prosperará todavía más, y después dé todo por perdido y que se perderá todavía mucho más.

[330] No sucedería esto si yo no supiese tanto sobre las causas y ocasiones de las que nacen y crecen estos males. Pero yo he sido meticuloso en buscarlas y examinarlas y darles muchas vueltas. He meditado escrupulosamente en la fuerza de pecado y en las maneras de equivocarme y caer. La experiencia de las debilidades y defectos ajenos ha añadido también nuevas preocupaciones a estos conocimientos míos. De donde se ha seguido que yo haya pasado por alto no pocas cosas de las que se refieren a la virtud y a los bienes que Dios ha sembrado en los hombres. Si estos bienes se vieran con ojos sencillos y no malos, encontraríamos mayor paz. Y si estos bienes así descubiertos se fomentasen, el fruto sería mayor. (p 290-291)

[Comienzo a caer en la cuenta de que las herejías de estos tiempos no son otra cosa sino falta de devoción, de humildad, de paciencia, castidad y caridad. (FM 202)]

(24-VI-43) [335] Dios retrasa los dones más perfectos y los mismos frutos finales, para que aprendamos a buscar primero dones menores y los medios para alcanzar los fines. Algunos no desean otra cosa sino sentimientos espirituales, es decir, del alma, y quisieran experimentarlos también en su corazón. De ninguna cosa necesitan más que de la paciencia u otra virtud cualquiera cuya falta no echan de menos y no la sienten. Dios quiere, sobre todo, que seamos dueños de nuestra alma, pero solamente lo seremos a base de paciencia, según aquellas palabras: “Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas”. Quien no posee su propia alma por la paciencia ¿cómo va a poseer a Dios por medio de la consolación sensible? (p 293)

(26-VI-43) [340] Otro día de la octava de san Juan, al oír la confesión general de cierta persona, me vino una gran luz sobre lo que es tener misericordia con los prójimos vivos y difuntos. De manera que, pensando en estas cosas, comencé a derramar lágrimas. Sin embargo, podía prestar atención a la confesión de mi penitente. Comprendí también, reflexionando sobre esto, qué medio más eficaz sería, para alcanzar la misericordia de Dios con nosotros, que nosotros mismos fuésemos misericordiosos, y qué fácil sería que Dios nos conceda gratuitamente sus dones, si nosotros nos entregamos gratuitamente a Él, con todas nuestras cosas. Si ejercitamos las obras de misericordia corporales con los prójimos, Dios será misericordioso con nosotros con obras corporales y espirituales.

[341] Pero más eficazmente mereceremos de Dios la misericordia espiritual, si nos ejercitamos en obras de misericordia espirituales. Así sucede que algunos, demasiado ocupados en su oración, no encuentran a veces la consolación espiritual que quisieran porque no se muestran espiritualmente misericordiosos con los prójimos. Pero otros, de tal manera procuran, solamente por Dios, la salvación de los prójimos, que aunque poco buscan,

encuentran a Dios sumamente propicio, no sólo para el perdón de los pecados, sino también para recibir varios beneficios de Dios. Por eso me vino un gran deseo de exhortar a todos a que pongan mayor cuidado en las obras de misericordia. Y que si alguno quisiera tener a Dios muy propicio, y que no tenga en cuenta el rigor de la justicia, debe mostrarse bondadoso y propicio con todos y no demasiado exigente y severo. (p 295)

(30-VI-43) [345] ... Pruébese a sí mismo el hombre, sobre todo aquel que quiere comer el pan del cielo, que es el alimento y vida de toda el alma y del cuerpo y recreo y glorificación de todos los sentidos.

Por nuestra parte debemos esforzarnos en llegar a ser manjar de Cristo y alimento que Él pueda digerir, transformándolo en su cuerpo místico, haciéndonos varones perfectos y miembros útiles del mismo cuerpo místico. Por eso hemos de procurar no causar repugnancia a ninguno de los sentidos de Cristo. (p 298)

(6-VII-43) ... [355] El mismo día sentí claramente y reconocí que los que quieren dilatarse en Dios, elevarse, extenderse, ser consolados, ser enriquecidos, deben primero ejercitarse bien en ser probados en lo que realmente son; en su carne y en su espíritu, refrenarse, humillarse, angustiarse, llorar, empequeñecerse, etc. Por la mortificación de la propia carne y abnegación del propio espíritu podrán llegar a la posesión de Dios. Hay que entrar por la puerta estrecha. Esta puerta, si la consideramos en cada uno, es el camino que conduce al corazón. Los que vuelven a él entran en la verdad y la vida. El corazón es lo primero que es animado en el hombre y lo último que es abandonado. Conviene que, poco a poco, volvamos al corazón con toda nuestra alma sensitiva y racional, para que, recogidos y unidos a él, podamos pasar a la vida indivisible y espiritual que está escondida en Dios con Cristo. (p 302)

(9-VII-43) [356] ... Que por el voto de castidad, tenga yo mi cuerpo lavado y limpio con agua pura; que por el voto de pobreza, pueda verme libre de todas las ambiciones humanas, principalmente de la ambición de poseer riquezas; que por el voto de obediencia me convierta en un instrumento apto para emprender con diligencia toda obra buena.

Quiera Jesús que yo sea limpio, libre y fiel en cualquier oficio que se me ha confiado o se me pueda confiar en adelante. Limpio en el cuerpo y fuera, libre en lo interior de mi espíritu, y fiel en las obras. (pp 302-303)

(19-III-45) [407] La víspera de san Benito abad, por la noche, antes de acostarme tuve gran devoción con lágrimas, de encomendarme a Dios, a la Virgen, y a la compañía de los santos y les pedí que me concedieran una noche feliz. Pedí también una noche tranquila para los difuntos que están en el purgatorio y para todos aquellos que en esta vida padecen dolores y trabajos. Rogué por todos los que viven en pecado o los están cometiendo actualmente, para que se les conceda el arrepentimiento, según aquellas palabras: “Baño mi lecho cada noche, inundo de lágrimas mi cama”.

[408] Al oír a algunos demasiado alegres y charlatanes que, en los aposentos vecinos, hablaban de su vida licenciosa, me dolía que se preparasen tan mal para conciliar el sueño, y rece así: “Visita, Señor, esta habitación, y todas aquellas en que viven hombres; aleja de ellas las insidias del enemigo; que tus santos ángeles habiten en ella y nos guarden en paz. Por Jesucristo, nuestro Señor”.

[409] A veces pensamos demasiado en los bienes y favores que nos vienen o nos pueden venir. Otras, por el contrario, nos fijamos en los males que posiblemente pueden amenazarnos. En el primer caso hemos de tener cuidado en no complacernos desmesuradamente. En el segundo en no desanimarnos más de lo conveniente. Nuestro buen espíritu sabe aplicar cada uno de estos tiempos en beneficio del otro. La abundancia contra la

escasez y la escasez contra la abundancia. El mal espíritu, en estas dos situaciones, hace todo lo posible en procurar nuestro mal. La exaltación y presunción en los momentos de abundancia y la pusilanimidad y decaimiento en los momentos de penuria. (p 324)

(21-III-45) [411] ... Especialmente ama a tus mayores y muéstrales afecto de respeto y de acatamiento y todos aquellos otros afectos que ordenan las relaciones de los inferiores con los superiores. Ama también fraternalmente a tus iguales. Muéstrate benévolo, bondadoso y condescendiente con los pequeños, amigo de los que son inferiores, y partidario de los últimos y más pequeños. Así, al descender tú hasta el último de los hombres que es Cristo crucificado, arrastrarás a todos para que también se abajen.

[412] En otra ocasión viniendo a palacio quise oír la predicación en la capilla del príncipe. No me permitieron entrar porque el portero no me conocía. Permanecí un rato a la puerta y me acordé de que, en repetidas ocasiones, había abierto yo la puerta de mi alma a malos pensamientos y a malos espíritus. Y permití que Jesús, sus palabras, su Espíritu esperasen fuera llamando a la puerta. (p 325)

(25-III-45) ... [419] Quien no posee la consolación ni encuentra la manera de tenerla, fácilmente se hunde bajo el peso de quien reprende. De aquí se sigue que debes reprender con cautela a quienes están descontentos de sí mismos, porque quedan muy abatidos si no se les avisa bien. Los que están contentos de sí mismos, llevan mejor las reprensiones. De manera distinta te has de mostrar con el melancólico y flemático y de otra con el colérico y sanguíneo. Pero tú procura no mostrarte colérico ni sanguíneo, ni flemático o melancólico, conforme a aquellas palabras: “El sabio dominará las estrellas”. Esto se consigue con la gracia de nuestro Señor que en sí mismo, por sí mismo y de sí mismo perfecciona nuestra naturaleza. (p 328)

(2-IV-45) [422] Debemos poner los cimientos viendo no sólo lo que Dios ha escondido en los niños, sino lo que descubre quien trabaja con los niños, que es el hacerse niño como ellos. Por esto deseaba, por mi parte, que sería para mí algo muy valioso enseñar solamente y siempre a los rudos, a los niños, a los incultos y a los más abandonados. Porque aunque muchas veces parece que hacemos mayor fruto cuando enseñamos a los grandes según el mundo, Dios, sin embargo, suele bendecir más el fruto que se recoge trabajando con los más pequeños. Quien dice: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” tiene en más lo que hicieres con el más abandonado, que si hicieres ese mismo trabajo por el Emperador. Así que como el pobre está bajo el cuidado de Cristo, piensa que también está bajo tu cuidado para que le ayudes, pues no tiene a nadie. (p 329)

(5-IV-45) [427] Una y otra vez vemos que se va enfriando la caridad de muchos porque hay muy pocos que trabajen gratuitamente en las obras de misericordia espirituales, o que se den a ellas con el espíritu que quería Pablo cuando dice: “La caridad es bondadosa, la caridad es paciente (...)”. Aun los que están al frente de las obras de caridad no son pacientes, difícilmente son bondadosos, creen poco y esperan poco, no pueden sobrellevar ninguna carga, y no son capaces de sufrir con alegría las imperfecciones del prójimo. De donde resulta que muchos quieren combatir los abusos de la Iglesia o de la sociedad civil movidos más por la impaciencia de un celo amargo y resentido, que por el fervor de la caridad. Que brille la caridad por las cualidades que enumera Pablo. De lo contrario se enfriará. (p 331)

(30-IV-45) [431] ... Pensaba en las necesidades de los pecadores. Se convertirían más fácilmente si los ministros de la palabra de Dios y de los sacramentos estuvieran mejor formados; recordé también las necesidades de todos los atribulados que hallarán ayuda cuando la enfriada caridad adquiera su primitivo vigor. Me acordaba de los enfermos que

esperan que se les atienda mejor, y de los difuntos, cuyos deseos ahora no son tenidos en cuenta y sufren porque los ministros de la Iglesia, a quienes dejaron sus bienes, no cumplen bien con sus obligaciones. Deseé que éstos y otros muchos bienes se siguiesen del concilio.

[432] Un día estuve muy decidido y deprimido por ciertas inquietudes y amarguras que nacían de mi falta de caridad fraterna y poca humildad con quienes me corrigen. Elevé mi corazón a Dios y vi pronto que todo esto carecía de importancia. Pude comprender que lo mejor para mí, en tales ocasiones, es la elevación de la mente a cosas mayores. Porque cuando la mente se eleva hacia cosas más altas no le tocan ni le hacen daño los ataques del enemigo. Dado que, estas cosas pequeñas, o palabras o disgustos, no suben hasta el espíritu que se eleva hacia Dios, a cuya morada no llegan los malos. (pp 333-334)

(8-V-45) [434] Aquí reconocí las muchas negligencias que confieso haber tenido hasta ahora, en mis múltiples y distintos viajes. Sobre todo aquellas que se refieren a instruir, corregir, avisar, consolar a tantas personas que han conversado conmigo, o con las que he tenido que tratar.

No deberíamos dejar pasar estas ocasiones que nos salen al encuentro. Jesucristo nuestro Señor no permitió nada que fuera ocioso, o en contemplar las cosas, o en escuchar. Ni dejó al acaso el ir a algún sitio, dirigirse a las personas, el estar en tierra o en el mar, en casa o fuera, entre los hombres o solo; estar de pie, sentado, caminar, comer, dormir. Así nosotros, no dejemos de dar sentido apostólico al dejar a uno, o detenernos con él. Mucho menos si se nos invita a comer o convivir con algunas personas. (pp 334-335)

(29-I-46) [442] El día de los santos Fabián y Sebastián, conversaba yo con una persona necesitada de consolación. Lo único que se me ocurrió para tranquilizar su alma fue lo siguiente. Todas las tribulaciones espirituales de los hombres se reducen al miedo que tienen de llegar a la situación por la que pasó Cristo, su Madre, el buen ladrón o su discípulo Juan. Se turban, sobre todo, porque temen pasar por lo que Cristo pasó en la Cruz. Había que hacer una distinción en estas tribulaciones espirituales o temporales. Unos temen que les venga justamente la pena del buen ladrón; y otros temen sufrir injustamente la misma suerte de Cristo. Hay quienes sufren no por sí mismos, sino por aquellos a quienes aman. Estos tienen miedo de pasar por la misma situación por la que hubo de pasar la Virgen Madre. Otros temen por aquellos de quienes son amados, como el discípulo amado que estaba con la Madre al pie de la cruz de Cristo, de quien era amado. (p 338)

NÚMEROS INTERESANTES: 51-52 (escuchar al Espíritu en todas nuestras vivencias); 53-54 (verdadero progreso espiritual); 65-66 (no hundirse por el poco fruto apostólico); **88** (EE 32); 89 (hábitos para cuando no haya fervor); 98 (3ª Semana); 121 (no violencia); **126-128** (oración-acción); **140** (memoria-entendimiento-voluntad y tiempo); 144 (afrontar); **151** (Cristo respuesta); 154 (no evadirse); **158** (mal espíritu y negatividad); **159** (hacer todo lo posible por los pobres); **161** (Dios no impone nada que supere nuestras fuerzas); 173-174 (aprovechar pequeñas gracias); 189 (vida oculta de Cristo); 192 (Trinidad); 194 (hombre para los demás); 199 (cuando no podemos sufrirnos); **205** (todas las funciones tienen razón de ser en Jesús salvador); **209-212** (Cristo crucificado); **218-219** (proceso que siguen los que se apartan de la Iglesia); 247 (cada santo es distinto); 249 (poner todo el hombre y el buen ángel); **254** (el mal espíritu todo lo pone cuesta arriba); **255** (Eucaristía: dar a los demás); **258** (no dar tanta importancia a las propias imperfecciones); 279 (morir a la propia vida por la cruz); 299 (verdadera contrición, no culpabilidad); **300-301** (cómo distinguir la variedad de espíritus); **304** (EE 333); **307** (Trinidad); **310** (somos incongruentes); 317 (Trinidad); 320

(Trinidad); 327 (Eucaristía); 329-330 (desánimo ante la situación de Alemania); 345 (Eucaristía); 422 (preferencia por los últimos); 427 (“la caridad es paciente”).